

de Irlanda, para darle el nombre que llevaba se había hecho odioso como sucede siempre con los hombres de su clase en los períodos de represión. Los exaltados decidieron asesinarle, y esta resolución por desgracia se ha tomado y se ha llevado á cabo siempre en Irlanda con suma facilidad.

Kilwarden tenía por costumbre retirarse los sábados á una quinta que poseía á cuatro millas de Dublin. Regresaba un día á su casa en compañía de su hija y de su sobrino cuando los conspiradores detuvieron su coche y le mataron á él y á su sobrino en presencia de su hija. Este asesinato exasperó

al gobierno inglés. Ofreció mil libras esterlinas á los que denunciaran á los asesinos. Suspendió el *Habeas corpus* y ordenó bajo severísimas penas que á las ocho de la noche estuviesen cerradas las casas de Dublin sin que nadie pudiese pasar por sus calles sin previa autorización.

Estas rigurosas medidas y otras que se adoptaron para echar mano á los conspiradores hizo que éstas salieran á las calles. La revolución estalló el 23 de Julio de 1803 y no fué dominada por las tropas sino después de tomar una á una las barriadas de la ciudad. Emmet fué hecho prisionero poco tiempo des-

*Le roi qui me voit écrire me charge
De ses vœux et compliments pour
vous*

LA REINA MARIA ANTONIETA

*Monsieur mon frere
de votre alliance
bonjour
Luis XVI*

EL REY LUIS XVI

Autógrafos revolucionarios.

pués. Hubiera podido huir, pero el deseo de despedirse de su novia le hizo caer en manos de la policía. Se abrió su proceso el 15 de Setiembre y fué condenado á ser decapitado y ahorcado.

Bonaparte había perdido ya un aliado precioso y á punto estuvo de perder otro cuyo concurso no le era menos indispensable.

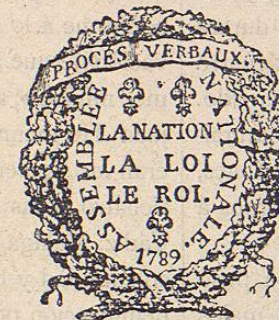
Recelaba y no sin motivo Bonaparte, de Godoy, pues, habiéndosele dado tantos y tan repetidos disgustos en tan poco tiempo, no era posible esperar de él una buena correspondencia, por esto y no por otras razones creía Bonaparte que Godoy estaba en inteligencias con los ingleses. Esto le llevó á poner sobre Bayona, luégo de declarada públicamente la guerra entre Francia é Inglaterra, un ejército de observación.

Godoy se había propuesto ser neutral y dado el estado lastimoso de nuestras fuerzas militares y de nuestra Hacienda esto era, sin duda, lo más conveniente. Pero la neutralidad de España suponía cuan-

do menos abiertos nuestros puertos á los buques ingleses y esto no le convenía á Francia. Si España, pues, se comprometía de nuevo en la guerra, sobre cerrar sus puertos á los ingleses y á su comercio, retendría con sus armadas á una buena parte de la armada inglesa, y, por consiguiente, había mayores probabilidades de éxito para el paso del canal de la Mancha. En su consecuencia desde el 25 de Junio, principió Talleyrand á dar tormento á Azara para que España se pronunciara de una manera decidida no por una neutralidad rigurosa, sino por una parcialidad que no podía tener otro resultado que ponernos nuevamente en guerra contra Francia, puesto que de buenas á primeras nos exigía que hicieramos salir de la Coruña la escuadra inglesa que allí estaba y que vigilásemos con mayor vigor nuestras aguas ya que en las de Algeciras acababan de aprisionar los ingleses varios buques franceses. Todo esto con quejas sobre el mal querer de España por la república.

Azara protestó de las buenas intenciones de España y de la necesidad que tenía de la neutralidad, y entonces Bonaparte, como quien se compadecía de nuestra miseria y era víctima de su propia generosidad, le dijo á Azara, que, áun cuando por el tratado de San Ildefonso de 1796, tenía derecho á

pedir que le auxiliáramos con veinticuatro mil hombres, quince navíos, seis fragatas y cuatro corbetas, consentiría en la neutralidad de España como testimonio de su inalterable amistad para con nosotros, si trocáramos aquel auxilio por un auxilio metálico, y á la vez que declaráramos libre el comercio fran-



EXTRAIT
DU PROCÈS-VERBAL
DE L'ASSEMBLÉE NATIONALE.

Du 10 août 1792.

L'AN QUATRIÈME DE LA LIBERTÉ.

*Le roi est suspendu, il reste en
otage, l'Assemblée nommera les
ministres. Les points principaux
sont de...*

Facsimil de la acta de suspensión de la autoridad real de Luís XVI: 10 de Agosto

Autógrafo de Lecoigne

cés en España poníamos serios obstáculos al de Inglaterra, para todo lo cual se debían dar á Azara poderes suficientes para celebrar el oportuno convenio.

Azara transmitió á Madrid las proposiciones del primer Cónsul y pidió instrucciones, — 4 de Julio de 1803.—Azara, que ya veía venir un gran conflicto, procuró escurrir las responsabilidades significando la conveniencia de que se confiriese la plenipotenciaria á otro; pero Cevallos, que no quería compromete-

terse, dió diplomáticamente la vuelta á la discusión, proponiendo á Bonaparte intervenir y procurar que intervinieran las demás potencias amigas y garantes de la paz de Amiens, para ver de llevar á Inglaterra á actos más conformes con los intereses de la humanidad.

A esta nota siguió otra del gobierno francés de 27 de Julio, imperiosa y de mal gusto como todas las que salían de la oficina bonapartista.

El primer Cónsul, que sabía por su embajador cuán enemigo era Godoy de nada que pudiera volver á colocarnos frente á frente de Inglaterra, y que no le había podido en modo alguno vencer la resistencia, conminó á Azara para que España se declarase pronta á cumplir el tratado de San Ildefonso y á tomar parte inmediata en la guerra, ó bien, caso de querer permanecer neutral, para que pagara un subsidio de seis millones mensuales mientras durara la guerra, debiendo abonar desde luégo veinticuatro por los cuatro meses que ya habían transcurrido. Azara comunicó la nueva nota haciendo, naturalmente, observar lo exorbitante de las pretensiones, y el que si se accedía á ellas era comprometernos á tener guerra con Inglaterra.

Como Bonaparte viera que nada adelantaba, puso ya sus baterías contra los que él llamaba malos consejeros de la Corona, pero si bien apuntaba contra Cevallos, el disparo pasaba por encima é iba á dar contra Godoy. Hé aquí el análisis que da Lafuente de esa comunicación del 16 de Agosto. Decíase en ella «que la medida de las ofensas recibidas de España estaba á punto de calmarse; que el primer Cónsul se complacía en creer que no era Su Majestad, sino consejeros pérfidos vendidos á Inglaterra, la causa de aquellos ultrajes. Y procediendo á pedir satisfacciones, pedía: el valor de unos buques apresados en Algeciras por los ingleses, tasados en tres millones; que el oficial que mandaba en Algeciras y no lo había impedido, fuera juzgado y sentenciado por un Consejo de guerra; que se destituyera inmediatamente al gobernador de Cádiz por haber querido hacer entrar en una leva de milicias algunos franceses; que se hiciera lo mismo con el de Málaga, donde se decía que otros franceses habían sido maltratados; que se declarara responsables á los comandantes de mar y tierra de la Coruña de la seguridad de cuatro buques franceses surtos en el Ferrol que no habían sido socorridos; que se revocara la orden que se las había dado de poner 100.000 hombres sobre armas; que las tropas enviadas á Cataluña, Navarra, Vizcaya, Asturias, Valladolid y Burgos se dirigieran á Gibraltar y á la Coruña, y que se aumentaran las fuerzas marítimas para ayudar á la Francia en su honrosa empresa.» Y concluía diciendo: «que ya era tiempo de que los hombres que aconsejaban á S. M. y habían insultado la Francia se desengañaran, pues el primer Cónsul estaba decidido á hacer ver que una alianza sellada con la sangre de los dos pueblos no se había hecho para ser juguete de las intrigas ó de la ciega política de unos pocos individuos.»

Ibase, pues, envenenando la cuestión y se hacía de todo punto indispensable una actitud enérgica y resuelta para salir indemnes de las complicaciones diplomáticas. En vez de esto, se fueron comprometiendo en negociaciones con Bonaparte, á quien se acabó,—5 de Setiembre de 1803,—por ofrecer hacer causa común; todas estas complacencias y debilidades dieron por resultado una especie de ultimatum conforme á lo que ya tenía dicho, pero con la agravación de que ahora pedía que fuera relevado el primer ministro; á este fin vino el secretario de embajada Hermann con instrucciones precisas. Estas eran las siguientes: Que dentro del término de veinticuatro horas se destituyera á los gobernadores de Cádiz, Málaga y comandante de Algeciras con toda solemnidad y boato. Que se pagara la debida indemnización por los buques apresados. Que se despidieran las milicias y cesaran toda clase de armamentos. Que se recibieran en el muelle del Ferrol los buques que allí estaban y se les proveyera de cuanto necesitasen. Que se pusiera al Ferrol en buen estado de defensa y que fueran allí las guarniciones de Burgos y Valladolid. Y que dentro una semana determinásemos ó hacer la guerra ó dar el subsidio. En el primer caso entrarían inmediatamente dos cuerpos del ejército francés, uno de diez y ocho mil hombres para hacer la guerra á Portugal y otro de diez mil para atacar á Gibraltar, debiendo operar con los franceses cuerpos iguales en fuerzas del ejército español. Caso de que España se declarase por pagar el subsidio, se debía retener de los seis millones mensuales, dos para liquidar adelantos hechos en América ú otras partes. Pero en estas instrucciones se hacía constar que Hermann traía una carta para el rey y una nota para Cevallos, dejando á su discreción juzgar de si debía ó no entregarlas.

Godoy enterado de que en la carta y nota se descubrían al rey «las desgracias y deshonra de su corona,» según expresión de Lafuente, «pero sólo hasta el punto de despertar el sentimiento de su dignidad,» Godoy creyó poder aludir el golpe que le amenazaba aceptando lo que se proponía, pero refiriéndose á las instrucciones que tenía Azara. Beurnonville contestó pidiendo solemne audiencia á Carlos IV para entregarle la corte.

«Apuro grande era éste,—dice Lafuente,—para la reina y para el príncipe de la Paz; mas no siendo posible negarle la audiencia que solicitó, discurrieron salir del conflicto, aconsejando al rey que recibiese la carta, con lo cual se evitaría la orden de invasión á las tropas francesas, pero que no la abriese, por si contenía expresiones ofensivas y que pu-

dieran mortificarle con lo cual salvaría su dignidad. Así lo ejecutó el cándido monarca, diciendo al embajador: «He recibido la carta del primer Cónsul, porque no hay otro remedio, pero os la devolveré muy pronto sin haberla abierto. Dentro de pocos días sabréis que este paso ha sido inútil, porque el señor Azara tiene encargo de terminarlo todo en París. Yo estimo al primer Cónsul, quiero ser su fiel aliado y proporcionarle todos los recursos de que mi corona puede disponer.»

Comprometidos, pues, quedábamos á pasar por la disyuntiva de las instrucciones de Hermann, y hé aquí que al irse á firmar el tratado Beurnonville presenta otro, poco menos que nuevo y mucho más exigente que humillante. Pasó Godoy por ellos, aún cuando esperanzado de que Azara lograría dar con el medio de anular los nuevos compromisos contraídos á cuyo efecto se le mandaron dos despachos en instrucciones los días 4 y 7 de Octubre de 1803. Bonaparte y Talleyrand, naturalmente, sostuvieron que no debía alterarse en lo más mínimo lo pactado en el segundo tratado, pero no se quería tampoco reñir por poca cosa y menos con Azara que tan útil había sido siempre para los intereses franceses, lo que se atrevió á recordar á Bonaparte, que hubo de reirse de la simpleza diplomática de nuestro embajador.

En fin, después de varias entrevistas se llegó á redactar y firmar el tratado de neutralidad,—22 de Octubre de 1803,—que no había de sernos menos fatal que los anteriores.

Por este tratado se convenía en destituir á los comandantes de las plazas antes citadas; en proveer de todo lo menester á los buques franceses refugiados en nuestros puertos á cargo de la república, y á defender contra los ingleses los que en lo sucesivo tomen seguro entre nosotros. Convínose sobre el subsidio de seis millones la forma del pago de conformidad á las instrucciones de Hermann.

La razón del Estado por haber firmado tal convenio, fué la de impedir á toda costa la entrada de franceses para ir á guerrear con Portugal. A fin de hacer en todo tiempo esto imposible, decía el artículo 7.º, que caso de declararse la guerra entre Francia y Portugal, España se comprometía á hacer pagar á esta potencia por su neutralidad un millón mensual. De modo, que el temor de una guerra con Francia nos llevó á una guerra contra Inglaterra para dentro breve plazo, cuando para nosotros la guerra con Inglaterra, dada nuestra situación, tenía que ser mucho más dolorosa y sensible. Pero por encima de todo se debe tener presente que la reina de España y Godoy pagaron el secreto de sus livian-

dades con la ruína de España, con la destrucción de nuestra armada, con la sangre de los héroes de Trafalgar. Antes habíamos hecho la guerra para favorecer á los príncipes borbónicos italianos, ahora nos disponíamos, mal nuestro grado, á hacerla para que el borbón español ignorara su deshonra. España, pues, pagaba bien caros los efluvios amorosos de sus reyes. Hé aquí una terrible lección que no pudieron aprovechar nuestros abuelos, gracias á las alevosías de Napoleón.

No sabemos si Azara llegó á comprender que el tratado de neutralidad que había firmado ponía el sello á su habilidad diplomática, es decir, si este tratado le había al fin revelado su incapacidad y la errada marcha que había seguido al favorecer constantemente las aspiraciones de la política francesa lo mismo en Italia que en España. Ello es que puso tantas instancias en ser relevado de su cargo, que al fin Carlos IV consintió en aceptar su dimisión,—19 de Noviembre de 1803.

Azara no debía volver vivo á España.

Sus padecimientos físicos, sin duda alguna, agravados con sus grandes padecimientos morales, le quitaron la vida el día 26 de Enero de 1804.

Puédese ahora juzgar del acierto con que hablan siempre los escritores franceses del extranjero, por lo que dice Thiers del ningún interés que tenía ni para Bonaparte ni para Francia la cooperación de España. «Del mismo modo impotente, ya se le considerase como amigo ó como enemigo, no se sabía qué hacer de ella, ni en la guerra ni en la paz. El primer Cónsul decía, y con razón, que lanzar á España en la guerra sería tan inútil á Francia como á ella misma...» Nos parece que queda bien probado que si no fuimos desde luégo á la guerra no fué por falta de Bonaparte si no por nuestra resistencia que no se supo sostener de modo que pudieran llegar á conocer Bonaparte en 1803 y Thiers si les era indiferente tenernos por amigos ó por enemigos. ¡Y pensar que Thiers escribió esto de nosotros sin recordar que unánimes los historiadores franceses y extranjeros atribuyen la caída de Napoleón á la insensata guerra que hizo contra España!

Dicho se está que si tan duramente nos trataba Bonaparte, á nosotros sus íntimos aliados, que tanta sangre y tantos quebrantos nos costaba el sostener una política que no era nuestra, que aquellos Estados semi-independientes de la frontera francesa hubieran de sentir, no menos duramente que nosotros, los apretones de la amistad bonapartista.

Holanda no tuvo más remedio que tomar desde luégo parte activa en la guerra, viéndose en su con-